

Embajador en Francia

Invitado a Viena por Naciones Unidas para dirigirme a un evento mundial sobre Medidas de Fomento de la Confianza, recibí una llamada de Alejandro San Martín informándome que el gobierno había dispuesto mi nombramiento como Embajador en Francia. Gran sorpresa, porque nadie ignora en el Servicio que esa Embajada tiene un casi irresistible atractivo político, aunque el aspirante no sepa decir buenos días y, en el caso de los Embajadores de carrera porque era designación que solía llegar bastante tarde.

En fin, volví a pensar con Enrique IV que París bien valía otra misa porque un cuarto de siglo antes había sido Vicecónsul en esa ciudad. Pero como todo cambia, también mi París había cambiado. Ya no éramos los cerca de 150 peruanos que en ese entonces vivíamos en Francia. Era un número indeterminado de miles de personas con problemas más complejos. Ya no eran los románticos y bastante ingenuos admiradores de Hugo Blanco, sino miembros y partidarios de Sendero Luminoso. Y nosotros ya no éramos un país que exhibía crecimiento económico, sino una sociedad victimada por el terrorismo y una desastrosa crisis económica. No éramos más vistos como el país mágico de culturas milenarias, sino como un Estado fallido. Las cosas habían cambiado muchísimo y con ellas había que vivir y trabajar.

Ha venido un Inspector

Señor Embajador, me dice la Secretaria Jocelyn, ha venido un Inspector de Policía y desea verlo. Curioso, pensé, no tengo una semana en Francia y no recuerdo nada que podría explicarlo. Señor Embajador, me dice el inesperado visitante “Soy Inspector de Policía y trabajo en la Seguridad del Estado. Tengo a mi cargo dos grupos. Uno de ellos es Sendero Luminoso y quisiera explicarle cómo son las cosas”.

Y, mirándome a los ojos me dice: “A usted no lo van a matar”, y ante la perplejidad que debo haber mostrado, me explica “Porque usted no es tan importante y lo que perderían es mucho más de lo que ganarían con hacerlo”. Añade que por la misma razón tampoco colocarían una bomba en el local de la Embajada. Tomo nota, algo aliviado, de la impecable lógica de esas consideraciones y el Inspector continúa, “Pero harán todo lo que puedan para hacerle la vida difícil y algunas veces lo podré ayudar y otras veces no podré y, por favor, cuando no pueda hacerlo no me pregunté por qué”. Obviamente me referí al derecho internacional y al derecho diplomático y con gran cortesía me dijo el Inspector que lo entendía perfectamente, pero que “había otros factores”.

Las cosas se desarrollaron como lo había señalado. Pero esa primera visita fue suficiente para entender que al frente había una tarea nada fácil, que tendría desarrollarse en varios campos. En el tiempo que permanecí en Francia tuve otras varias reuniones con él y debo reconocer su profesionalismo y apoyo. Gracias inspector.

La tarea con Sendero Luminoso

Los años ochenta y la primera parte de los noventa fueron, como recuerdan quienes los vivieron, terribles para el país. Desastres naturales, catástrofe económica, inflación solo menor que la de Weimar que condujo al nazismo, desesperanza y encima de todo ello el accionar casi imparable de Sendero Luminoso. El resultado es conocido, decenas de millares de muertos, muchos miles de millones de destrucción de bienes públicos y privados, centenares de miles de desplazados y enorme cantidad de gente que abandonó el país.

Además del horrendo daño que ocasionaba Sendero Luminoso en muchos lugares del territorio nacional y hasta su pretensión de haber alcanzado “el equilibrio estratégico con el estado”, sus partidarios y simpatizantes actuaban también en varios países del extranjero. Se ha discutido el efecto que habría tenido ese accionar senderista en algunos países de América Latina y especialmente en varios de Europa. No tengo condiciones para hacer un balance de tal resultado, pero si puedo referirme a mi propia experiencia en los cuatro años en París 1991-1995.

El accionar de los senderistas y simpatizantes en el extranjero, era naturalmente percibido en nuestro país con mucha preocupación. Esencialmente, se consideraba que obtenían resultados importantes en términos de recolección de fondos y de difusión de su ideología terrorista y en el crecimiento de adeptos y simpatizantes. Mi opinión es que no había mucho de tal cosa e inclusive, estimo que su propósito era diferente. Las “manifestaciones” que realizaban, siempre contaban con la participación de otras agrupaciones terroristas y marginales muy diversas. Nunca fueron masivas ni tampoco eran tan frecuentes. Se trataba básicamente de grupos que se apoyaban mutuamente, con el propósito de que el que organizara la actividad, apareciera como bastante más importante de lo que en realidad era individualmente. La recaudación de fondos, supuestamente de ventas de publicaciones y otras no creo que haya conseguido ningún monto importante. Sendero Luminoso obtenía esencialmente sus recursos económicos en el Perú, como producto de las extorsiones, saqueos, tráfico de drogas y otros crímenes.

Que tales actividades fueran toleradas y no reprimidas por las autoridades de los países, era presentado por Sendero Luminoso como equivalente de un reconocimiento como movimiento político. Y creo que eso era lo más importante para ellos; sugerir a la población y al gobierno peruanos que eran aceptados en el mundo. Como indiqué, Sendero realizó cierto número de actividades mientras estuve en París, que ciertamente las había iniciado mucho antes. Varias de ellas fueron marchas frente a la Embajada y hasta la pretensión de entrevistarse con el representante diplomático del Gobierno Peruano. La seguridad francesa tuvo razones para pensar que algunas de esas actividades podían representar peligro para la Embajada y los diplomáticos y en ocasiones a nuestro pedido y otras por su iniciativa, el local fue resguardado por la policía. Algunas veces eran uno o dos agentes y en otras un grupo bastante numeroso de policías. Inclusive el acceso inmediato del local estuvo protegido por cadenas durante casi un año.

Como correspondía, realicé todas las gestiones que estuvieron a mi alcance con las autoridades francesas y, como fui advertido por el Inspector de Policía, no encontraba la reacción que cabía esperarse frente a un asunto de esta naturaleza. Se me indicó más de una vez, y en los más altos niveles, que esas personas no cometían delitos en Francia y que las libertades de expresión y reunión garantizadas en la Constitución les impedían tomar medidas. Tras considerar que prácticamente había agotado mi capacidad de persuasión en el Ministerio de Relaciones Exteriores y hasta con el propio Ministro del Interior, consideré que al menos debía dejar registro oficial de las ocurrencias, con la expectativa de que en algún momento pudiere ser de utilidad.

Empecé a informar con notas diplomáticas a la Cancillería francesa de cuanta actividad grande o menor de los senderistas tuviésemos conocimiento; y especialmente de aquellas que se realizaban cerca al local de la Embajada. En tales comunicaciones, además, presentaba con mucho cuidado la idea de que no era posible asegurar que las actividades de Sendero Luminoso en Francia no tuvieran relación, no tanto con la situación política del Perú, sino con el hecho incuestionable que los terroristas habían asesinado a cuatro franceses en nuestro país: dos turistas y también dos cooperantes que eran voluntarios enviados por el Gobierno Francés para ayudar en programas sociales en el Perú. Y eso era un factor que no había forma de minimizar.

Debe tenerse presente también que, por años, en varios países de Europa se consideraba con cierto facilismo que, en países como los latinoamericanos y su historia de dictaduras, discriminación y opresión, quién quisiera alzarse contra el gobierno se encontraba casi automáticamente justificado, sin detenerse mucho en verificar si se trataba de gobiernos democráticos o autoritarios y tampoco de los métodos, pacíficos o violentos que se utilizaban.

En general la prensa escrita al igual que la radio y la televisión, sin llegar a apoyar tales actuaciones políticas, se referían a ellas como comprensibles. Tuve esa experiencia en más de una oportunidad. Por ejemplo, ser invitado a alguna emisora para “debatir” con un miembro de Sendero Luminosos y de ese modo lograr que la audiencia tuviera “las dos versiones”. También fue necesario que en varias oportunidades me dirigiera a los medios para hacer aclaraciones o pedir rectificaciones. En una entrevista radial con varios periodistas, se hizo obvio que no querían utilizar la palabra terroristas. Me interrogaban sobre los guerrilleros, opositores armados, insurgente y otras por el estilo. En cada oportunidad señalé que en el Perú no cabían esas denominaciones, sino que se trataba de terroristas y ante la insistencia de alguno le dije que si no podíamos utilizar los términos que correspondían a la tragedia que vivíamos, no tenía más que hablar con ellos. Con esa condición, la entrevista pudo continuar.

En fin, esto da una idea del ambiente de “tolerancia” en que se vivía en Europa el drama terrorista del país. Con el paso de los meses, obviamente el número de comunicaciones oficiales fue creciendo y las respuestas del gobierno, cuando las hubo, fueron pocas y claramente insatisfactorias. Fueron años de gobierno del Partido Socialista liderado por el Presidente Mitterrand, lo que no quiere decir que estuviere a favor del terrorismo; pero que tampoco tomaba el peso adecuado a lo que ocurría en el Perú. Al extremo, en parte por ignorancia y también por

ingenuidad, hasta había quienes consideraban que lo que ocurría en nuestro país era una revuelta de los descendientes de los Incas contra los descendientes de los conquistadores españoles.

Pero como todo cambia, en determinado momento el Partido Socialista perdió la mayoría en la Asamblea Nacional y en consecuencia el Gobierno, en este caso el Primer Ministro y el Ejecutivo, pasaron a manos de la oposición, manteniéndose por cierto el Presidente Mitterrand como Jefe del Estado. Circunstancialmente se realizó en Viena una Conferencia Mundial contra el Delito, a la que asistieron Ministros de Justicia y del Interior de numerosos países. Yo conocía al Dr. Fernando Vega Santa Gadea, Ministro de Justicia y le pedí que tras su participación en dicha conferencia se detuviera brevemente en París para hacer una gestión con el nuevo gobierno francés. Efectivamente se organizó para hacerlo y como actividad principal tuvimos una entrevista formal con su contraparte el Ministro de Justicia.

Naturalmente, nos pusimos de acuerdo con ese estimado amigo, ya fallecido, en la manera como debíamos actuar y en la entrevista el Ministro francés formuló la pregunta que hubiésemos pagado para que la hiciera. “Mi querido colega, le dijo, acá no tenemos problemas, ¿no es cierto?”, a lo que nuestro Ministro le respondió “Sí, precisamente, permítame entregarle copia del casi medio centenar de comunicaciones que ha dirigido la Embajada a su gobierno sobre este asunto; y el Embajador Palma le hará una síntesis”. Efectivamente, resumí la situación y le entregué un muy breve escrito con lo esencial, lo que en Francia se llama “la page du Roy” suponiéndose que un monarca no necesita leer más de una página si el tema está adecuadamente planteado.

El Ministro me escuchó, la leyó, revisó el expediente, lo cerró y le dijo: “Sr. Ministro, no habrá más manifestaciones”. Y efectivamente fue así. No se realizaron más manifestaciones públicas de Sendero Luminoso.

En general, las cosas empezaron a cambiar en Europa con la captura en 1992 del líder terrorista Abimael Guzmán. La opinión pública europea reconoció y admitió que no se trataba de ningún luchador social ni cosa por el estilo y no mucho tiempo después, cuando tantos países europeos tuvieron que enfrentarse a actividades terroristas en sus propios territorios, se completó un cambio radical de actitud.

Nada de eso quiere decir que fue el fin de la historia porque como se ve, en el Perú y en todas partes, el terrorismo es un fenómeno extraordinariamente difícil de erradicar y sin permanente vigilancia y decidida cooperación, seguirá golpeando a países y a las gentes donde quiera que pueda hacerlo. Debemos tenerlo presente y prestar más atención de la que, obviamente, le estamos asignando.

Las deudas hay que pagarlas

El año 1991 el Perú estaba no solamente endeudado con todo el mundo, si no también imposibilitado de honrar sus compromisos financieros. La historia económica examinará los complejos episodios que llevaron en su momento a los

acuerdos con las organizaciones financieras internacionales, y acreedores privados. Se realizaron en reuniones del llamado Club de París, de representantes gubernamentales que negociaban acuerdos de reestructuración de las deudas públicas. Recuerdo con respeto y aprecio las actuaciones de dos ministros ya fallecidos, Carlos Boloña y Jaime Camet y sus delegaciones que integraban entre otros Fritz Du Bois, Roberto Abusada, Jorge Peschiera, Eduardo Valdivia Velarde y Oscar Hendrick; quienes tuvieron el valioso apoyo del Secretario Gustavo Meza Cuadra. Fueron dos sesiones del Club de París y también dos del denominado Grupo Consultativo del Banco Mundial que agrupaba instituciones financieras internacionales, banca privada e inversionistas para tratar de las posibilidades de desarrollo del país, donde mostraron no solamente gran habilidad y competencia sino también la más absoluta dedicación en la defensa de los intereses del país.

Recuerdo aún las reuniones previas a esos encuentros, con los profesionales que componían las delegaciones peruanas y en las que mi conocimiento apenas superficial de tales temas, no inhibía advertir la competencia y claridad con que presentaban el caso peruano. Las reuniones oficiales en sí eran larguísimas e ininterrumpidas sesiones de trabajo que se realizaban en el Ministerio de Finanzas de Francia, a las que naturalmente apoyamos con todo lo que estaba al alcance de la Embajada y a las que asistí hasta el término de todas las sesiones, generalmente de madrugada.

Fue por la seriedad con la que el país enfrentó el cuasi imposible cumplimiento de las obligaciones financieras contraídas, la cual unida a las sustantivas reformas que esos mismos Ministros realizaron en la economía peruana y de las que en buena parte depende hasta hoy nuestra actividad económica, que la percepción del Perú fuera cambiando paulatinamente de ser la de un país inviable a uno que ofrecía grandes posibilidades de crecimiento económico y desarrollo.

El comienzo del cambio

Cuando llegué a París en 1991, la imagen del Perú era, como no podía ser de otra manera, totalmente deplorable. A algunos de los flagelos que nos afectaron tan duramente ya se ha hecho referencia y probablemente el golpe de estado de 1992 marcó el punto más bajo que alcanzó nuestra imagen. Pero también en esos relativamente cortos años, y nosotros lo percibíamos, pero también lo vivíamos desde nuestra ubicación en París y en Europa, los cambios empezaron a manifestarse cada vez con mayor dinamismo.

En lo político fue sin duda la captura del líder terrorista, pero también la convocatoria de una Asamblea Constituyente que permitió a las fuerzas políticas expresarse durante la preparación del nuevo texto constitucional. Juntamente con la captura de Abimael Guzmán, cambió significativamente la percepción generalizada sobre el fenómeno terrorista en el Perú. Y en el plano económico, las durísimas pero indispensables políticas y medidas que tuvieron que ser adoptadas por los ministros Juan Carlos Hurtado, primero y luego Carlos Boloña y Jorge Camet, permitieron ir reduciendo la inflación, el sinceramiento y apertura de la economía, el ordenamiento de las finanzas públicas y la facilitación general

de las actividades económicas. Ya en los años 93 y 94 el Perú alcanzó resultados económicos importantes que no pasaron desapercibidos en el extranjero y que empezaron a aliviar la pavorosa crisis económica, que se había heredado de los años ochenta y particularmente, del primer gobierno del Presidente Alan García.

En su momento se fueron recuperando el interés en visitar el Perú de donde el turismo prácticamente había desaparecido; y la inversión y el comercio, juntamente con la facilitación de los procedimientos administrativos y muchas otras medidas y disposiciones que se adoptaron en aquellos años. Tuve pues oportunidad de ver como la tarea misma de la Embajada iba cambiando, pues de la gestión esencialmente defensiva que debía realizarse en los comienzos, se fue pasando a mayores actividades en los campos culturales, del turismo, el comercio y la inversión. No quiere esto decir que todo estaba resuelto, pues obviamente faltaba entonces y falta aún muchísimo por hacer. Pero para nosotros, con el magnífico grupo de jóvenes diplomáticos de nuestra Embajada, fue un privilegio especial el haber podido advertir el comienzo de una transformación que podría calificarse como de revolucionaria, en el mejor sentido de la palabra.

La actividad cultural

En Francia, como gran país productor y consumidor de cultura, siempre hay espacio para intentar hacer algo en ese ámbito. En la Sección Actividades y Reflexiones infra, trato con más detenimiento de la extraordinaria exposición "Oro de los Andes" que se realizó en Metz al este de Francia el año 1993; reuniendo cerca de un cuarto de millón de visitantes, la segunda más concurrida en Europa aquel año, tras una retrospectiva de Picasso en Paris.

En la Casa de las Américas de Mónaco, obra de mecenazgo de mi recordado amigo Michel Pastor, Cónsul Honorario del Perú, se hizo una excelente presentación de pintura virreinal de la colección Pastor de la Torre.

En el local de la Embajada, más modestamente, promovimos la presentación en el salón de recibo y la galería de muestras de varios jóvenes artistas peruanos que, pudieron así, además de departir con los invitados a las inauguraciones, incluir en sus reseñas estas exposiciones individuales. También organizamos varios coloquios y conversatorios sobre una serie de temas peruanos, favorecidos por las posibilidades del local de la Embajada.

En materia musical, fue magnífico disfrutar las presentaciones que hicimos de los guitarristas Raúl García Zárate y Javier Echeopar, del coro de la directora Jean Tarnawiecki y en más de una oportunidad la del Ensamble Música de música barroca latinoamericana que dirigía el maestro argentino Enzo Gioco, alguna vez con la asistencia del Director General de la UNESCO Dr. Federico Mayor, Embajadores y autoridades. Todas ellas fueran, seguidos de bocaditos peruanos y Pisco Sour en el espléndido espacio de recepción de la Embajada, siendo presentaciones realmente magníficas, momentos casi mágicos.

Aparece el tema ecuatoriano

Desde diciembre de 1994 se recibieron informaciones que indicaban que no había estabilidad ni tranquilidad en la frontera peruano-ecuatoriana. Eventualmente el desarrollo de los acontecimientos decidió al Gobierno peruano a postergar mi traslado al Ecuador, previsto originalmente para finales de enero de 1995. Hasta nuestro viaje a Quito, el conflicto con Ecuador obviamente ocupó una buena parte de la gestión que debí continuar en Francia varios meses. Temas importantes fueron el de las minas terrestres antipersonal y la Conferencia de Ginebra en que se avanzó la preparación de la Convención de Ottawa que las prohibía y que se suscribió tiempo después; y la denuncia al Ecuador en la UNESCO por su educación contraria a la cultura de Paz.

Una ocasión importante fue la visita de una delegación peruana integrada por el destacado Embajador Arturo García y García y el Dr. Fernando de Trazegnies, a la que obviamente acompañé al Ministerio de Relaciones Exteriores y a la Asesoría Diplomática de la Presidencia de la República, entrevistas donde se explicó con todo detalle y claridad los sólidos fundamentos de la posición peruana en relación con el entonces reciente conflicto en el Alto Cenepa. Otras delegaciones, conformadas inclusive con miembros de la oposición política viajaron a muchos otros países, con el mismo importante y necesario cometido.

Gran apoyo

Como en otras oportunidades, el personal era muy bueno. La tarea se inició con el apoyo de la Ministra Norah Nalvarte Chávez y con los normales traslados, conté buen tiempo con la excelente labor del Ministro Fernando Rojas, quién en su destacada carrera fuera más tarde Vice Ministro y Secretario General de Relaciones Exteriores. Los Consejeros Manuel González Olaechea y Augusto Thornberry y más adelante Manuel Picasso y los Secretarios Rómulo Acurio, Gustavo Meza Cuadra, Eduardo Bernales, Rolando Ruiz Rosas y Marisol Agüero, siempre proponían temas y actividades. Podía confiar plenamente en la competencia y responsabilidad de todos ellos; y les agradezco porque se desempeñaron estupendamente.

Debo una mención muy especial al recuerdo de Alfonso de Silva, hijo del ilustre músico peruano, quien por mucho tiempo fue destacado funcionario de la UNESCO y por años Consejero Cultural ad honorem de la Embajada. Alfonso, hombre de cultura y experiencia, me prestó impagable apoyo en las múltiples actividades culturales que se lograba organizar, también por iniciativa y esfuerzo de los jóvenes diplomáticos. Su conocimiento de Francia y contacto con los peruanistas y las atinadas sugerencias sobre la manera como podíamos abordar los distintos temas y problemas fueron siempre muy valiosos para la tarea y para mí personalmente. Recuerdo con emoción muchas mañanas en que compartimos un café en mi oficina, en los que con el afecto con que siempre me hablaba, al advertir mi inquietud me dijo no pocas veces: "No te preocupes muchacho, esto también se va a arreglar". Gracias querido Alfonso, muchas gracias.

El apoyo administrativo consistía en Odette Colombini, quien trabajó por muchos años en la Embajada y de la muy eficiente Secretaria Jocelyn Pozzi Escot, quién aún desempeña ese cargo. Otra secretaria apoyaba a los diplomáticos. Conseguimos llevar a París a una pequeña parte del personal que tanto nos había apoyado en los años de Brasilia: Mauro Cura, mayordomo, Rosalina Cura, mucama y Natalina Diaz, cocinera. Eran un equipo formidable y se organizaban tan bien, que en la complejidad y elevado costo de una ciudad como París, hacían posible pedirles cosas como una cena esta noche para veinte personas o un cocktail mañana para cien; y podían hacerlo. Se contrataba al mínimo de personal indispensable y a costos muy manejables, permitían mantener con todo decoro la nutrida actividad de la Embajada en las indispensables y frecuentes atenciones. Guardamos también agradecimiento y aprecio a Joaquim Martins, muy eficiente y dedicado chofer de la Embajada.